

tos semi-godos de Belisario, y con ellos desapareció la última probabilidad de que las razas godas hubiesen de ejercer en el mundo oriental la misma disciplina dura, aunque saludable, que habia vuelto la vida al mundo de Occidente.

Pero en el periodo á que se refiere esta novela, el espíritu greco-oriental estaba aún á la mitad de su grande obra. Aquella admirable sutileza metafísica que, en frases y en definiciones, á menudo sin sentido para nuestros groseros entendimientos, veia los simbolos de las mas importantes verdades espirituales, y creia que de la distincion entre *homousios* y *homviusios* podia depender el destino de la raza humana, estaba combatiendo en Alejandría, antiguo baluarte de la filosofía griega, con los estériles restos del mismo pensamiento científico á que debia su extraordinaria cultura. El aislamiento monástico en que los padres de aquel periodo vivian respecto de sus familias y de los deberes nacionales, les facilitaba el llevar á cabo la empresa, permitiéndoles, si no otra cosa, tratar las cuestiones con un ardor y una constancia imposibles á las inteligencias mas sociales y prácticas de

los hombres del Norte. Nuestro deber es, en vez de burlarnos como ciertos pedantes ilusos, dar gracias al cielo de que se encontrasen personas, justamente cuando mas se necesitaban, capaces de hacer por nosotros lo que nosotros no hubiéramos hecho jamás en nuestro propio beneficio; esto es, dejarnos, como una preciosa herencia comprada realmente con la sangre de su raza, una metafísica á la vez cristiana y científica, que en vano se ha intentado despues mejorar, y luchar victoriosamente con aquella estraña familia de monstruos teóricos, engendrados por la filosofía griega unida al simbolismo egipcio, á la astrología caldea, al dualismo parsi y al espiritualismo bramínico. . . . fantasmas hermosos y brillantes, de los cuales se dirá algo mas en el siguiente capítulo.

CAPITULO XI.

OTRA VEZ LOS LAUROS.

Ni un sonido, ni el movimiento de un objeto interrumpian el profundo silen-

cio del valle de Scetis. Las sombras de las rocas, aunque desvaneciéndose á cada momento ante la creciente claridad de la aurora, oscurecian todavía aquel cuadro, y una línea ondulante de niebla se veia aún sobre la superficie del arroyuelo. Los penachos de las palmeras colgaban inmóviles como si aguardasen resignados los ardores del sol que se aproximaba. Al fin, en medio de los verdes surcos del jardin del monasterio, dos pardas figuras que estaban de rodillas se levantaron, é interrumpieron aquel silencio con los lentos y débiles golpes de sus azadas entre los guijarros.

—Estas habas crecen admirablemente, hermano Aufugo. Podrémos verificar nuestra segunda siembra, con la bendicion de Dios; una semana antes que el último año.

La persona á quien se dirigian estas palabras no contestó; y su compañero, despues de observarle algun tiempo en silencio, volvió á decir:

—¿Qué te pasa, hermano? Observo en tí hace algun tiempo una melancolía impropia de un hombre de Dios.

Un hondo suspiro fué la única respuesta. El que habia hablado dejó la

azada en el suelo, y poniendo cariñosamente su mano en el hombro de Aufugo, le preguntó otra vez:

—¿Qué te pasa, amigo? Me guardaré de emplear contigo mi derecho de abad para conocer los secretos de tu corazón: pero seguramente ese corazón no abriga nada indigno de que yo lo oiga, si bien no merecí oirlo.

—¿Por qué no he de estar triste, Pambo, amigo mio? ¿No dice Salomon que hay un tiempo para la tristeza?

—Es verdad; pero hay otro para la alegría.

—No, no lo hay para el penitente, sobre quien pesan muchos pecados.

—Recuerda lo que el bienaventurado Antonio acostumbraba á decir: “No confies en tu rectitud, ni eches menos lo pasado.”

—No hago ni lo uno ni lo otro, Pambo.

—No hables con esa seguridad. La confianza que tienes en tí mismo, ¿no es la que te hace echar menos lo pasado, el cual te muestra que no eres lo que quisieras ser?

—Pambo, amigo mio, dijo Arsenio con solemnidad, te dare cuenta de todo. Mis pecados no han pasado aún; porque

Honorio, mi discípulo, vive todavía, y en él viven la flaqueza y la miseria de Roma! Si hubiesen pasado, ¿cómo vería yo levantarse sin cesar ante mí una noche y otra, esa turba de espectros acusadores, almas de hombres degollados en las batalla, de viudas y de huérfanos, de vírgenes del Señor, que lanzan pavorosos gritos entre las manos de los bárbaros; espectros que rodean mi lecho y esclaman: “¡Si hubieras cumplido con tu deber, no nos veríamos así! ¿Qué has hecho del cargo imperial que Dios te cometió?...”

Y el anciano ocultaba su rostro en las manos, y lloraba amargamente.

Pambo descansó de nuevo su mano con ternura en el hombro de Arsenio.

—¿No hay orgullo en lo que estás diciendo, hermano mio? ¿Quién eres tú para cambiar el destino de las naciones y el corazón de los emperadores, que están en la mano del Rey de reyes? Si has sido débil é imperfecto en tu obra (pues infiel, respondo que no has sido nunca) El te colocó allí por tu misma imperfección para que lo que ha sucedido pudiese suceder; y tú no hicistes mas que sobrellevar tu carga.... aus-

que no fuiste tú, y sí El, quien la llevó por tí.

—Entonces, ¿por qué me atormentan esas visiones nocturnas?

—No las temas, amigo. Son espíritus malos, y por lo mismo mentirosos. Si fueran espíritus buenos, solo te hablarían de piedad, de perdón, de estímulo. Pero si son apariciones ó demonios, deben ser malos, porque son acusadores, como el diablo, acusador de de los santos. El es el padre de las mentiras, y sus hijos se le parecerán. ¿Qué dice el bienaventurado Antonio? Que un monge no debe ecupar su entendimiento con vanos espectros ni darse por perdido; sino que debe mas bien estar alegre, como el que sabe que está redimido y en manos del Señor, donde el diablo no puede causarle ningun daño. Porque (solia decir) los demonios se conducen con nosotros segun el estado en que nos encuentran. Si nos ven abatidos y sin fé, nos aterran aun mas para poder sumirnos en la desesperacion. Pero si nos ven llenos de fé y alegres en el Señor, con nuestras almas henchidas de la gloria futura, entonces retroceden y huyen humillados y confusos.

¡Alégrate, amigo mio! Esos pensamientos son propios de la noche, hora de Satanás y de las potestades del abismo, y con el alba desaparecen.

—Sin embargo, á los hombres les son reveladas cosas en sus lechos y en visiones nocturnas.

—Sea así. Pero á tí nada te ha sido revelado en tu lecho, excepto lo que tú sabes ya mucho mejor que Satanás, es decir, que eres pecador. En cuanto á mí, amigo mio, aunque no dudo que sucedan esas cosas, creo que el día, y no la noche, nos trae revelaciones.

—¿Cómo, pues?

—Porque durante el día puedo ver y leer ese libro escrito, como la Ley dada en el monte Sinaí, sobre tablas de piedra, por el dedo del mismo Dios.

Arsenio le miró con curiosidad; Pambó se sonrió.

—No ignoras que, como muchos santos hombres de otros tiempos, carezco de instrucción, y que ni aun conocía la lengua griega hasta que tú, con la bondad de un hermano, me la enseñaste. Pero, ¿no has oído lo que Antonio dijo á cierto pagano que le echaba en cara su ignorancia de los libros? “¿Qué es

primero, le preguntó, el espíritu ó la letra?... ¿El espíritu contestas? Pues sabe que el espíritu sano no necesita de letras. Mi libro es toda la creación, que se extiende ante mí, y en la que puedo leer siempre que quiera la palabra de Dios.”

—¿Supongo que no desprecias la ciencia, amigo mio?

—Soy viejo entre los monges, y he visto la conducta que han observado muchos; y entre ellos mi sencillez cree haber visto hombres consumiéndose en el estudio y atormentando su alma, para averiguar si debían preferir esta ó aquella doctrina, mientras que no sabían con Salomón, que en la mucha ciencia va envuelto mucho disgusto, y que en tanto que se afanaban en interpretar la letra del mensaje de Dios, su espíritu se alejaba cada vez mas aprisa de ellos.

—¿Y cómo has conocido eso en los hombres á que aludes?

—Viendo que á medida que se aumentaba su ciencia teológica y su celo por la ortodoxia de la letra, eran menos buenos y misericordiosos; estaban

menos llenos de confianza de Dios y de pensamientos consoladores para sí y sus hermanos, hasta el punto de parecer que habian oscurecido su alma con disputas, capaces solo de engendrar disturbios, y que habian olvidado del todo el mensaje escrito en ese libro con que se contentaba el bienaventurado Antonio.

—¿Qué mensaje es ese de que hablas?

—¡Mira! dijo el anciano abad extendiendo su mano hácia el desierto de Oriente, y juzga como un sábio por tus mismos ojos.

Mientras hablaba, los rayos del sol naciente, descendiendo de roca en roca, inundaron de luz y de vida la escena que los rodeaba. El astro del día se levantó al través de la parda niebla del desierto, y cuando bañó de su gloria todo el valle, los vapores se deshicieron en mil fantásticas figuras, dejando brillar la corriente del agua entre las rocas. Las golondrinas salieron á centenas de las hendiduras de la piedra, y comenzaron su aérea danza; el jerboa, despues de haber hurtado su comida en el jardin del monasterio, se retiraba de

oculto y á saltos; los lagartos de color oscuro abrian sus ojos bajo las piedras, y viendo que era de dia, arrastraban sus inflados cuerpos hácia donde hallaban mas caliente la arena, y enroscándose como para librarse del frio, se dormian nuevamente; el pervóptero, que se consideraba señor del valle, despertó con un chirrido lastimero, y levantándose y estirándose despues de su sueño de la noche, se puso á acechar inmóvil las alondras que cantaban sobre los peñascos; mientras que, desde el distante Nilo, sonando al través de las vueltas del valle, se oian el graznido de los pelicanos y los gansos, y el silbido del francolin y el chorlito; últimamente, las voces de los monges se oian cantando el himno de la mañana por algun aire rústico oriental; y un nuevo dia habia comenzado en Scetis, como los anteriores y los que debian seguirse, semana tras semana y año tras año, de trabajo y oracion, tan tranquilos como un sueño.

—¿Qué te enseña esto, Aufugo, amigo mio?

Arsenio no contestó.

—A mí me enseña que Dios es luz, y que en El no hay la menor oscuridad.

Que la vida y la alegría son eternas en su presencia. Que El es el que da, y se deleita en su generosidad; el que ama, y cuya misericordia se extiende á todas sus obras. . . . ¿por qué no ha de extenderse hasta tí, hombre de poca fé? Mira aquellas bandadas de pájaros. . . . ¡y no eres tú de mas valor que muchos gorriones, tú por quien Dios permitió que su Hijo muriese?. . . . ¡Ay, amigo mio! Nosotros debemos buscar la imagen de Dios en la naturaleza; cuando persistimos en dirigir los ojos á lo interior y examinar curiosamente nuestras imperfecciones, nos forjamos un Dios á nuestra semejanza, y creemos que nuestra oscuridad y la dureza de nuestro corazon son los modelos de su luz y su amor.

—Tus palabras son mas propias de un filósofo que de un penitente católico. En cuanto á mí, siento que necesito mirar mas á lo interior y no menos. El examen mas profundo de mí mismo, la abstraccion mas completa á que pueda aspirar aun aquí, esto es lo que quiero. Deseo. . . . (perdóname, amigo mio) deseo cada vez mas la vida solitaria. Esta tierra está maldecida por el pecado del

hombre; y así me parece, que cuanto menos la veamos, mejor.

—Puede que yo hable como un filósofo ó como un pagano; sin embargo, pareceme, como suele decirse, que mas vale medio pan que ninguno; que el hombre sábio debe aprovecharse de lo que tiene, y no desechar una leccion porque el libro esté algo estropeado y sucio. La tierra me enseña mucho mas. ¿Cerraré mis ojos para no ver aquellas cosas invisibles de Dios que están manifestadas claramente por las cosas visibles, solo porque algun dia me serán manifestadas con mas claridad que ahora? Y tocante á lo que has dicho de mayor abstraccion, ¿es muy mundana nuestra vida de Scetis?

—Amigo mio, cada hombre tiene su vocacion, y para cada uno un método peculiar de vida es mas edificante que otro. En mi caso, te diré que los hábitos de entendimiento que adquirí en el mundo, me asedian, á mi pesar, aquí mismo. No puedo menos de observar las acciones de los demás, de estudiar sus caracteres, de formar planes para ellos, de ocuparme en pronosticar su suerte futura. Ni una sola palabra, ni